

PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 179

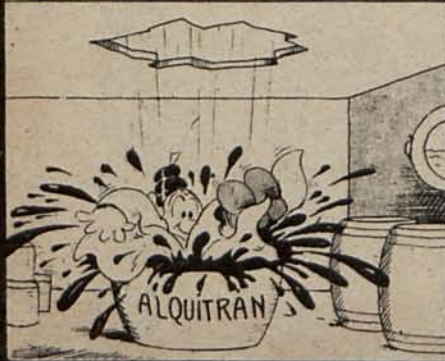
25 cts

22 JULIO
1928



— AGARRATE BIEN NO TE CAIGAS, CAÑAMÓN.
— NO TENGAS CUIDADO A MI NO ME HA HECHO NUNCA DAÑO EL CERDO.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación.)

Guardianas rígidas y autoritarias de la antigua etiqueta, crónicas vivientes de la Corte, ellas le enseñan la tradición al joven enjambre sobre el cual extienden

su vigilancia, a las damiselas de honor, que se reconocen por la cifra en diamantes de la Emperatriz reinante, abrochada sobre un lazo en el hombro izquierdo.

—Es espantoso —murmuró el general al oído de Godunov contemplando el tropel de bellezas femeninas agrupadas alrededor del trono—. Su Majestad me ha preguntado por Vera, que no ha venido a ocupar su puesto.

—¿Y qué le ha dicho usted?

—He pretextado una enfermedad grave y repentina.

—¿Y lo ha creído?

—Al menos me lo ha dado a entender... Pero no creo poder guardar por más tiempo el secreto.

Saludados respetuosamente por los pajes de la emperatriz que circulaban con aire circunspecto entre la multitud; por los servidores de palacio; por los correos, con grandes plumas, de la época de Catalina; por negros, vestidos a la usanza oriental, atravesaron por entre los húsares de la guardia, elegantísimos con el corto *dolman* blanco guarnecido de oro y orlado de piel de zibelina que flota libre sobre los hombros; los cosacos envueltos en sus largas casacas, cargadas de cartucheras de plata cincelada; los húsares de Grodno con la coraza verde, y los lanceros de coraza roja; los jóvenes oficiales de todas las armas, pertenecientes la mayor parte a los dos regimientos escogidos; los oficiales de la guardia de a pie y de a caballo, con los macizos cascos coronados por un águila de plata con las alas desplegadas.

El general y el capitán llegaron de esta suerte al círculo más imponente, compuesto por las personas de edad y de alta categoría, por los viejos servidores encanecidos en la Corte desde el reinado de Nicolás I; ayudantes de campo, generales del Czar, ministros, embajadores, chambelanes, con la llave de oro a la espalda, todos ellos galoneados con grandes cordones, con el pecho tan lleno de condecoraciones que no dejaban en la casaca ni un solo trecho vacío. Todos estaban entre el tropel vaporoso de las damas, que se los señalaban las unas a las otras como los nombres más ilustres de la sociedad rusa.

Aun cuando absorbían graves preocupaciones a los dos, no pudieron eximirse por eso de fijarse con especial atención en la más bella y graciosa de las damiselas de honor.

—Fijese usted —murmuró Godunov— cómo resalta sobre todas las demás la hermosura de la princesita Kovalevsky. El triunfo de esta noche se lo debe a la ausencia de Vera.

La bellísima damisela a que se refería Godunov ocupaba el puesto de honor cerca del trono y a su vez parecía observar con curiosidad al general y al capitán.

—¡Nos mira! —murmuró el general.

—Quizás se extraña de no ver a Vera.

—Me parece que la princesita se sonríe con usted, Godunov.

—Acerquémonos a saludarla.

Y los dos, después de haber dado una gran vuelta, lograron ponerse a espaldas de la dama de honor.

—Buenas noches, general; buenas noches, capitán —dijo la joven correspondiendo con un gracioso saludo hecho con la cabeza a la profunda reverencia de los dos.

—La felicitamos por el puesto que se le ha asignado y que usted, por lo demás, ocupa tan dignamente.

—Le debo este honor a la ausencia de Vera. Me he sonreído con ustedes para preguntarles por ella. ¿Cómo es que no la veo hace ya días y que no está aquí esta noche?

—Está enferma.

—¿De gravedad? —interrogó Nadia Kovalevsky con una extraña sonrisa.

Los dos hombres se consultaron con la mirada.

—¡Oh!... no.

—Entonces, si ustedes me lo permiten, iré mañana a verla.

—¡Gracias, princesa! —repuso vivamente el general—. Aunque Vera no está enferma de gravedad el médico ha prohibido que por ahora no la visiten ni las amigas más íntimas como usted.

Nadia bajó la cabeza.

—¡Paciencia! —repuso—. Iré cuando... lo permita el doctor.

Godunov creyó advertir en las palabras de Nadia una leve ironía; pero su rostro delataba una ingenuidad tan sincera, una gracia tan encantadora, que Godunov no pensó más que en rogarla que le concediese un baile.

¿Tiene usted comprometida la polonesa?

—Todavía no, capitán —respondió radiante la joven, como si esta pregunta se adelantase a su deseo.

—Pues entonces me apresuro a suplicarla que me conceda el honor de bailarla conmigo. ¿Quiere usted?

—Con mucho gusto.

—Gracias —añadió Godunov—. Cuando llegue el momento vendré a reclamarla este honor.

Y continuó dando la vuelta al salón en compañía del general.

Apenas se hubieron alejado cuando una de las damiselas de honor que estaba más próxima a Nadia le susurró a ésta al oído.

Se conoce que tenías un deseo muy vivo de bailar con Godunov.

Nadia se volvió hacia ella como impelida por un resorte.

—¿Por qué?

—Porque a cuatro oficiales que te han pedido la polonesa les has dicho que la tenías comprometida, menos cuando ha venido a pedirtela Godunov.

Nadia ruborizándose ligeramente miró cara a cara a su compañera.

Esta vestía quizás con más lujo que Nadia, pero sin su gracia y elegancia; sin embargo, aún hubiera resultado agradable a no empañar su delicado rostro una expresión de descontento. Dijérase que la sonrisa que se dibujaba en sus labios al hablar con Nadia revelaba una cólera y envidia internas que despertaban en ella la belleza y la distinción de su vecina y el puesto de honor que ocupaba aquella noche entre las damas de la Emperatriz.

—No es más que un capricho —repuso Nadia tras una brevísima vacilación.

—Un capricho que le gustará mucho a Vera.

—¿Por qué?

—¿No sabes que Vera es la prometida de Godunov?

—Es verdad, no me acordaba.

—Qué distraída estás esta noche —replicó María Vedemka con una irónica sonrisa.

Nadia no respondió. Parecía absorta en un sueño lejano, perdido en los últimos confines de su inmensa patria. Por

la vidriera multicolor, alta como la pared, que elevábase a un lado, entre una platabanda de camelias floridas, la mirada de la joven parecía desflorar el río inmóvil, recorrido por la fila de carruajes la alfombra de nieve que circundaba el palacio y luego extenderse a lo largo de aquella blanca alfombra, lejos, muy lejos, por millares de verstras hasta las téticas y glaciales soledades del Asia, en las cuales el pueblo ruso duerme su largo sueño invernal... De pronto la joven se estremeció. El reloj dió las nueve. Las puertas de las habitaciones interiores abriéronse de par en par produciéndose instantáneamente un silencio de muerte.

Una voz anunció:

—¡El Emperador!

Todos los rostros volviéronse hacia la puerta por donde debía entrar el Czar. Todas aquellas fisonomías revistieron a un tiempo, como un uniforme, la misma expresión solemne y grave al par que sonriente.

Todos aquellos hombres y mujeres reconcentraron su fuerza vital en los ojos, posándolos en los del amo, como hacen las plantas y los pastores ateridos por el frío nocturno cuando se vuelven hacia el Oriente en espera de la salida del sol y reflejando en su sonrisa las tres fases de la majestuosa llegada: «El sol va a salir. El sol sale. El sol ha salido». Y no hay duda de que la llegada del Emperador es una salida de sol para toda aquella turba a la cual la otorga el favor y la vida.

Nadia era quizás la única que no parecía participar del entusiasmo general. Y aunque tenía los ojos vueltos al Czar, que avanzaba seguido de todos los miembros de su familia, ocupando cada cual el puesto señalado según su grado de parentesco, no perdía por eso de vista a las personas que la circundaban. De modo que aquel que hubiese seguido atentamente su mirada se habría dado cuenta de que en ciertos momentos parecían encontrarse sus ojos con los de otra persona confundida en la multitud.

Entretanto, el Emperador y la Emperatriz, el uno vestido con un magnífico uniforme de general, y la otra con un traje resplandeciente de pedrería y coronada con una fúlgida diadema de brillantes, habían subido al trono para recibir el homenaje de la nobleza, del ejército y de la diplomacia.

Nadia contemplaba a la pareja imperial y parecía más conmovida de lo que hubiera debido conmovérsele el espectáculo, que era grandioso en realidad, aunque viejo para ella. Dejáronse oír los primeros acordes de la *polonesa* entonados por la orquesta, oculta tras una espesa platabanda de palmeras. El gran mariscal y la primera maestra de corte se pusieron a la cabeza de la hilera. El emperador le dió la mano a una de las grandes duquesas; la emperatriz a uno de los embajadores, y las demás parejas formáronse despues rápidamente.

Godunov, puntual a lo convenido, se acercó a Nadia formando con la bella joven la primera pareja que seguía a las de los soberanos. Este honor correspondíale de derecho a Godunov que estaba investido del grado de secretario de la Casa Militar Imperial.

Las numerosas parejas, las cuales conservaban la exacta distancia marcada por la etiqueta, dieron la vuelta al salón fulgurante por los millares de luces que cubrían el techo, como las estrellas el firmamento.

—Princesa —la dijo Godunov a Nadia— voy a pedirle otro favor.

—Diga usted, capitán.

—Las notas de la *polonesa* son lentas y frías. Prefiero nuestra *mazurca*, nuestra danza militar y nacional, marcada por el fuerte tintineo de las espuelas. ¿Quiere usted concederme el honor de atravesar conmigo el salón al compás vigoroso de la *mazurca*?

Nadia parecía no haberle oído.

—¿No me responde usted? Está usted muy distraída esta noche.

—No —respondió Nadia con gran ingenuidad—. Miraba

la cicatriz que le atraviesa la frente. ¿Qué le ha pasado a usted?

—¡Me caí del caballo! —repuso Godunov con aire indiferente.

—Quizás no obedeciera el caballo a la rienda...

—Eso fué, precisamente. Jamás se llega a dominar del todo a esos animales rebeldes.

¿Se burlaría de él su pareja?

Godunov se lo figuraba así, pero no tardó en convencerse de que se había equivocado. Ningún rostro hubiera podido expresar más inocencia que la que advertíase en aquel momento en el rostro de Nadia.

La pareja, que había dado ya la vuelta al salón, estaba a punto de volver a ocupar su puesto. Godunov no había recibido aún respuesta a su pregunta e iba ya a repetirla, cuando las palabras murieron en sus labios. La confusa sinfonía del ruge-ruge de la seda, de los cuchicheos y murmullos de las voces, del roce ligero al deslizarse los pies sobre la alfombra, acompañado por las notas muelles y cadenciosas de la *polonesa*, cesó como por encanto; interrumpióse la lenta marcha de las parejas que daban la vuelta al salón, todos los gestos quedaron por hacer y todas las respiraciones en suspenso, mientras los compases iban a extinguirse inútilmente entre los pliegues de las sedosas tapicerías. Acababa de pararse repentinamente una de las parejas imperiales, la que iba detrás de la emperatriz y que se componía del Czar y una gran duquesa.

El Czar había retrocedido instintivamente y miraba con ojos llameantes y abiertos un gran sobre blanco orlado de negro que estaba ante sus pies sobre la alfombra.

Lo mismo el Czar que la gran duquesa hicieron instintivamente el ademán de bajarse a recoger el fúnebre objeto que nadie había tenido aún el tiempo de ver. Pero un paje de la reina apresuróse a coger el sobre.

Godunov, que seguía de cerca a la pareja imperial, se abalanzó a coger el sobre para entregárselo al gran mariscal, pero no llegó a tiempo. Estaba ya en manos del Czar.

Todos se percataron de que acababa de pasar algo grave e insólito, pero únicamente los que estaban más cerca del Czar pudieron darse cuenta exacta del caso. El Czar escondió rápidamente el sobre en su casaca e hizo un esfuerzo para que apareciera de nuevo en su rostro la acostumbrada sonrisa convencional que ocultara a los ojos de los demás su repentina agitación interior. Aquella sonrisa en aquel rostro cubierto de improviso de una palidez mortal parecía la de un espectro.

Afortunadamente acababa de terminar la *polonesa*, atribuyendo todos la repentina parada de las parejas a un fin anticipado del baile. Acababa de enmudecer la música y las parejas separábanse, agitábanse y chocaban unas con otras en su apresuramiento para ponerse en orden y formar la cuadrilla.

El Czar había vuelto a subir al trono con la emperatriz rodeado por el gran mariscal, la maestra de corte y su primer ministro. Este murmuró algunas palabras a su oído.

—¿Ha visto usted? —la preguntó Godunov a Nadia, con voz temblorosa, mientras volvía a conducirla a su sitio.

—¿Qué? —interrogó Nadia con ingenuidad.

—Lo que acaba de suceder.

—Sí, se me figura —repuso Nadia con una inocencia encantadora— que las parejas acaban de dar muestras de una extraña inexplicación. Nos hemos parado dos pasos antes de lo que debíamos.

—Eso es lo que quería decir —repuso Godunov clavando su penetrante mirada en el rostro de Nadia como para escudriñar en su alma, pero Nadia sostuvo aquella mirada con imperturbable serenidad. Godunov haciéndola una reverencia, se acercó al grupo que rodeaba al Czar.

Nadia al volverse se encontró frente a María Vedemedka. El rostro ceñudo y duro de la damisela veíase animado por una expresión singular.

(Continuará en el número próximo.)

¡YA ESTÁ PINTADO EL PISO!

¿Y AHORA, COMO SALIMOS?



COLORÍN Y SU PANDILLA

¡QUE ABURRIDO ES ESTO DE NOSABER QUE HACER!

¡VAMOS A VER SI PODEMOS "COLARNOS" A VER EL PARTIDO DE FUTBOL!



¡YO SÉ DONDE HAY UN BOQUETE EN LA VALLA!

¡A VER SI PODEMOS ENTRAR POR EL!



FUTBOL

¡ATIZA, UN GUARDIA ESTA CUIDANDO DE EL AGUJERO!

¡QUE MALA PATA!



¡AQUÍ HAY OTRO AGUJERO PARA PODER MIRAR PERO YA ESTÁ OCUPADO!

¡MUY BIEN! ¡BRAVO!



¡PARECE QUE HAN COLOCADO AQUÍ ESTE POSTE PARA QUE PODEMOS VER EL PARTIDO!

¡OLE!



¡CHICOS, QUE BIEN SE VE DESDE AQUÍ!

¡SUBE MÁS ALTO PARA QUE PODEMOS VERLO TODOS!



¡BUEN GOAL!

¡QUE DICEN, QUE NO LO OIMOS BIEN?

¡BAJAD, MUCHACHOS, QUE VAMOS A PINTAR EL POSTE!



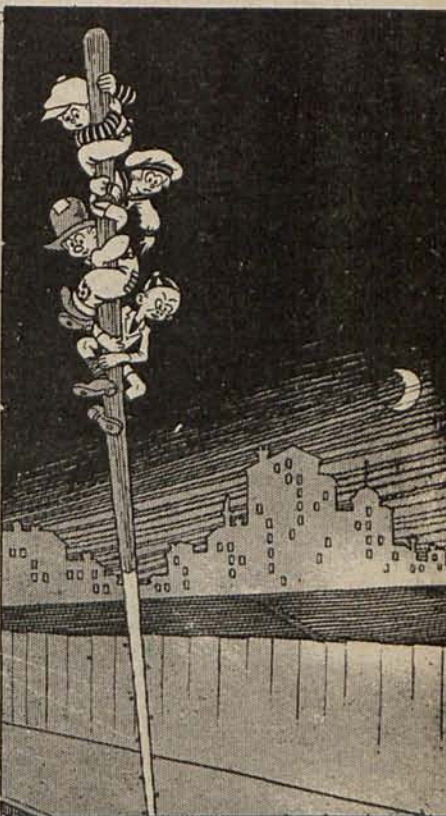
¡EH! ¡BAJAIS, O NO BAJAIS?

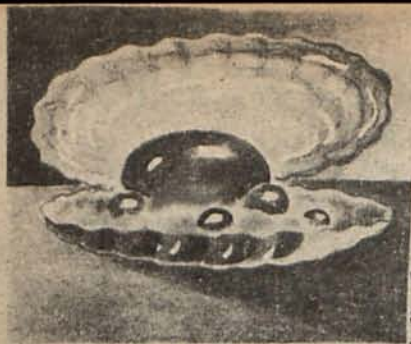


¡YA BAJARAN CUANDO QUIERAN! VAMOS A PINTAR QUE ESTAR DE.



¡AHORA VERÁN ELLOS COMO BAJAN AL SUELO SIN MANCHARSE!





LA PERLA NEGRA

CUENTO POR

E. SALGAR

(Continuación.)

Sus doce hijos, muchachos vigorosos y atrevidos, no se cansaban de zambullirse, sumergiéndose tan pronto hacia un banco como hacia otro y escarbando en la arena, sin encontrar nada.

Apenas si por cada mil ostras encontraban una diminuta perla de escaso valor, y hacían falta muchos chapuzones y grandes trabajos para conseguir aún este mísero resultado.

Un día, mientras el viejecillo dejaba deslizarse su barco por encima de los bancos, interrogando con sus miradas el fondo, que se distinguía muy bien a través de las transparentes y limpiísimas aguas, le pareció oír una voz que le decía: «¡Nigala, detente aquí!»

Sorprendido, miró a su alrededor, creyendo que aquellas palabras hubiesen salido de los labios de alguno de sus hijos; pero estaba solo.

Sus hijos se hallaban todos juntos en la proa preparando la frugal comida, compuesta de unos pocos plátanos cocidos en el agua.

—¿Quién de vosotros me ha hablado? —preguntó.

—Ninguno, padre—respondieron los jóvenes.



Nigala, creyendo haberse engañado, viró de bordo para continuar sus pesquisas, y al punto oyó que la misma voz repetía: «¡Nigala, detente aquí!»

Doblemente sorprendido, el buen viejo detuvo el barco y miró atentamente al fondo del mar.

Allí mismo, bajo el casco de su pequeña nave, se extendía un escollo rodeado de bancos, pero no se veía ninguna ostra.

Desconfiando de sus propios ojos, llamó a sus hijos, y todos a una confirmaron que aquel lugar no prometía cosecha de ostras.

Nigala, convencido de haberse equivocado, dejó que la barca continuara impulsada por el viento; pero, a medida que se alejaba, sentía cada vez más imperioso el deseo de volver atrás.

Todo el día estuvo Nigala recorriendo los bancos, sin encontrar una sola ostra. Los demás pescadores tampoco habían tenido mejor suerte.

Por la noche, mientras dormían, la misma voz de antes despertó al pescador, insistiendo: «¡Vuelve al banco!»

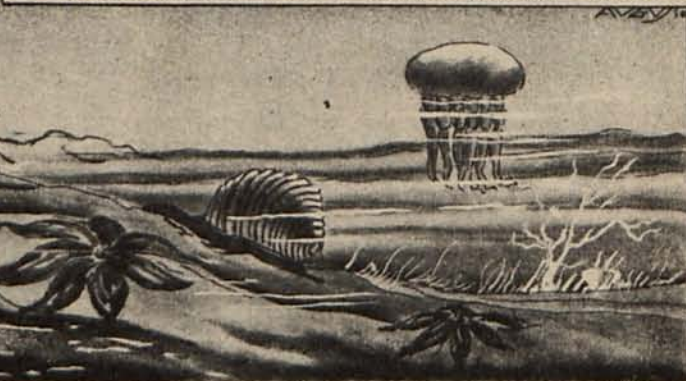
Decidido a dejarse guiar por aquella voz de misterio, a la mañana siguiente reunió en torno suyo a sus hijos y les refirió lo acontecido:

—Padre—dijo el mayor—, vamos a explorar ese banco. Quizá Dios quiere que vayamos para que cese nuestra miseria.

Sueltas las velas, volvieron al banco, donde el viejo se detuvo con el propósito de examinarlo con todo cuidado.

—No veo más que un escollo—dijo el mayor de los hermanos.

—Y nosotros lo mismo—confirmaron los demás.





—Habrá que bajar—observó el viejo.

El primogénito sujetó un cuchillo a su cinto, previendo un posible ataque de los tiburones, prendió asimismo la redeilla destinada a guardar las ostras, y se ató al pie el pedrusco de costumbre.

—Padre—exclamó—voy a probar la suerte.

—Cuidado con los tiburones, hijo mío—advirtió el viejo—. Ya sabes cuánto les gusta la carne humana.

—¡Bah! Estoy armado, y no les tengo miedo.

El valiente joven zambullóse, bajando rápidamente al fondo.

El viejo y los otros muchachos, inclinados sobre la borda, no lo perdían de vista, a través del agua transparente.

Lo vieron escarbar en la arena, recorrer todo el banco, dar vuelta al escollo y subir por último apresuradamente.

—Padre—dijo, después de respirar con fuerza—, la voz misteriosa miente. No he visto ni una ostra perlífera siquiera.

—Probaremos nosotros—dijeron sus hermanos.

Uno tras otro bajaron, y estuvieron buscando entre la arena, y todos ellos volvieron a subir, repitiendo:

—No hay ostras aquí.

—Falta que pruebe yo—dijo entonces el padre.

—Son muchos años los tuyos—objetó el mayor—. Si te atacara un tiburón, no podrías defenderte.

Debo sacrificarme por el bien de mis hijos—respondió Nigala—. Además, no es posible que la voz me haya engañado.

«Dadme el cuchillo y la red; y no temáis.»

De nada sirvieron las advertencias de los hijos; antes bien, sintióse más animado al oírlas.

Sujetó la piedra al pie, y con el cuchillo al cinto, aspiró profundamente y lanzóse al agua.

No era la primera vez que bajaba al fondo del mar. Durante años enteros trabajó como buzo, y había sido uno de los más resistentes.

En lugar de dirigirse al banco, el viejo se hundió casi a plomo por delante del peñasco submarino.

El instinto le decía que si allí había ostras perlíferas, no podían encontrarse más que en aquel lugar.

Apenas hubo tocado fondo, a unos diez metros bajo la superficie del mar, cuando, al mirar a su alrededor, vió en el costado de la roca una hendidura donde el agua formaba una ligera resaca.

Al punto le vino la sospecha de que aquella hendidura diese paso a una caverna submarina, y sabiendo que las ostras buscan siempre parajes tranquilos, no le cupo duda de que hubiera algunas en el interior.

—Las haremos una visita—pensó.

En el descenso no había empleado más de diez segundos; por tanto, podía disponer de un minuto o acaso más, tiempo suficiente para intentar la exploración de aquella caverna.

(Continuará en el número próximo.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿LE PARECE A USTED TOLERABLE, SEÑOR CURRINCHE, TRAERME A CASA UN SUSPENSO DIARIO? ¿ME HA TOMADO USTED A MI POR UN ALMACENISTA DE CALABAZAS?



YO, NO SEÑOR; QUE BARBARIDAD, COMO SE PONE USTED!

SI TE CREES QUE YO NO ESTOY AL TANTO DE TODO, TE EQUIVOCAS. MIRA, AQUÍ GUARDO EN UN JUNQUITO LAS NOTAS QUE ME HAS TRAIDO EN TODO EL AÑO ¡DOCE MESES, DOCE CEROS!



ES QUE EL SEÑOR MAESTRO LA HA TOMADO CONMIGO Y DICE QUE NO SE HACER MAS QUE CHURROS

PUES DESDE HOY EN ADELANTE ESTARÁ USTED BAJO MI INMEDIATA VIGILANCIA. ESTUDIARÁ USTED CONMIGO, JUGARÁ USTED CONMIGO Y PASEARÁ USTED CONMIGO ¿TE ENTERAS?



SI SEÑOR; Y SE EXAMINARÁ USTED CONMIGO Y LO CATEARÁN CONMIGO

A VER SI ESTUDIAMOS COMO UNOS ENERGÚMENOS ¿EH, CURRINCHE?



SI SEÑOR; USTED ESTUDIA UN RENGLÓN SI, Y YO UN RENGLÓN NO, Y ASÍ ACABAMOS ANTES

COMO HOY HAS SIDO BUENO TE VOY A CONVIDAR A TOMAR EL SOL. PARA QUE VEAS LO ESPLÉNDIDO QUE YO SOY



ESPLÉNDIDÍSIMO

Y MIENTRAS PASEAMOS VOY A LEERTE UN CUENTECITO PARA QUE VEAS LO QUE LE PASÓ A UN NIÑO POR SER MALO Y DESAPLICADO



¡MALDITA SEA LA SUERTE MIA!

PUES SEÑOR, ESTO ERA UN NIÑO MUY VAGO QUE SE LLAMABA CURRINCHE Y COMO NO ESTUDIABA NADA, PUES SE LE APARECIÓ UN HADA....



.....Y FUE EL HADA Y CONVIRTIÓ A CURRINCHE EN UN BORRIQUILLO...



¡CURRINCHÍN DE MI VIDA! ¡NO TE LO CREAS QUE HA SIDO UNA BROMA! ¡ANDA, NO TE PONGAS ASÍ, RICO MIO, Y VUELVE A SER CURRINCHE OTRA VEZ, QUE SI NO ME MATAS DEL DISGUSTO!



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



QUINQUIN



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



PAT SULLIVAN

12

CUENTOS DE CALLEJA

JUANA LA LISTA

Cashillo



N matrimonio de mediana posición tenía una hija llamada Juana la Lista. Cuando tenía ya dieciocho años, dijo el padre a la madre:

—La casaremos.

—Si —dijo la madre—; ¡ojalá encontráramos alguien regularmente acomodado que la quisiera!

Por fin vino un día, desde muy lejos, un tal Manolito, y pidió su mano; pero con condición de que Juana fuese tan lista como hermosa.

—¡Oh! —dijo el padre—; no tiene un pelo de tonta.

Y la madre dijo:

—Lo que es ésta ve correr por la calle el viento y oye toser a las moscas.

—Como no sea muy lista no me caso con ella —dijo Manolito—; no me gustan las mujeres tontas.

Cuando estaba sentada a la mesa, después de comer, dijo la madre:

—Juana, baja a la cueva y sube vino.

La moza cogió el cántaro y bajó a la cueva; allí puso una silla delante del cubo, para no tener que bajarse y evitar el hacerse daño.

En seguida acercó el cántaro con el pie; mientras dejaba correr el vino, alzó los ojos para mirar a la pared, y vió, después de escudriñar en todas direcciones, un hacha que los albañiles habían dejado en la pared por descuido.

Entonces Juanita la Lista se echó a llorar, y dijo:

—Si por casualidad mandamos al hijo de la vecina que venga a la cueva a buscar vino, podría suceder que el hacha le cayera sobre la cabeza y le matara.

Y sin moverse del sitio se quedó llorando la posible desgracia.

Arriba esperaban la bebida; pero Juanita la Lista no subía.

Entonces dijo la madre a la criada:

—Baja a la cueva a ver lo que hace Juana.

Fué la criada y la encontró sentada delante del cubo, llorando y gritando.

—Juana, ¿por qué lloras? —preguntó la criada.

—¡Ay! —contestó— ¿No he de llorar? Si alguna

vez nos ocurre mandar al hijo de la vecina a buscar vino, el hacha podrá caerle sobre la cabeza y matarle.

Entonces dijo la criada:

—¡Qué Juana tan lista tenemos!

Y sentándose a su lado, también se echó a llorar la desgracia.

Después de un rato, los que estaban arriba, que tenían mucha sed, al ver que no volvían ni Juana ni la criada, dijeron al criado:

—Baja a la cueva a ver lo que hacen Juana y la muchacha.

El criado bajó y vió a las dos sentadas llorando.

Entonces preguntó:

—¿Por qué lloráis?

—¡Ay! —dijo Juana— ¿Pues no hemos de llorar? Si al niño de la vecina, que suele venir a comer con nosotros, le mandamos a la cueva a sacar vino, el hacha puede caerle sobre la cabeza y matarle.

Y el criado dijo:

—¡Qué Juana tan lista tenemos!

Y sentándose a su lado también, empezó a llorar a gritos.

Arriba le estuvieron esperando, y como no subía, dijo el hombre a la mujer:

—Baja a la cueva y mira a ver qué hacen aquellos tres.

La mujer bajó y los encontró a los tres llorando; preguntando la causa de su aflicción, le contó su hija que sería muy posible que algún día mandasen a la cueva al hijo de la vecina, en cuyo caso el hacha caería sobre su cabeza y le mataría.

Entonces dijo la madre:

—¡Oh! qué Juana tan lista tenemos.

Y se sentó también y empezó a llorar.

El marido esperó un rato; pero como tenía mucha sed y la mujer no subía, dijo:

Tendré que bajar yo a ver lo que hace allí toda esa gente.

Bajó a la cueva y los encontró allí a todos llorando, y enterándose de la causa, exclamó:

—¡Qué Juana tan lista tenemos!

Y sentándose también se echó a llorar.

El novio se quedó arriba largo rato; pero, como no venía nadie, pensó:





—Me estarán esperando abajo, iré a ver lo que hacen.

Al entrar en la cueva y viéndolos llorar y gritar, preguntó qué les sucedía.

—¡Ay, querido Manolito! —dijo Juana—. Si al pobre Angelito, el hijo de nuestra pobre vecina, le mandamos a esta cueva a sacar vino, el hacha le puede caer encima y partirle la cabeza. ¡Cómo no quieres que lloremos!

Entonces Manolo dijo:

—No necesito mayor entendimiento para el manejo de mi casa; puesto que eres tan lista, Juana, me casaré contigo.

Y cogiéndola de la mano, la puso el anillo nupcial, y a poco se celebraron las bodas.

Un día Manolito dijo:

—Mujer, saldré a trabajar y a ganar dinero; ve tú al campo a segar trigo para que tengamos pan.

—Voy, Manolito —contestó.

Juana preparó la comida y se la llevó al campo. Al llegar, se dijo:

—¿Qué hago? ¿Trabajo o como? Comeré primero.

Comió, y después dijo:

—¿Qué hago? ¿Siego trigo o duermo? Dormiré primero.

Y se echó y se durmió.

Hacía ya rato que Manolito estaba en casa; pero Juana no iba.

Entonces pensó el marido:

—¡Qué Juana tan lista tengo! Es tan trabajadora, que ni siquiera a comer viene a casa.

Y como era ya de noche y no había vuelto, salió Manolito para ver qué había sucedido; pero vió el campo sin segar, y encontró a su mujer echada y durmiendo.

Entonces fué Manolito a casa, llevó una cinta con campanillas y se la puso a Juana.

Luego corrió a casa, cerró la puerta y se sentó.

Por fin, cuando ya era muy de noche, se despertó Juana, y al levantarse sonaban las campanillas a cada paso que daba.

Y se asustó, y no sabía quién era, y se iba preguntando si era ella o no.

Llegó a las primeras casas del pueblo y llamó, preguntaron quién era, y ella dijo:

—Vengo a saber si soy Juana la Lista, o no lo soy.

Los vecinos, molestados por aquella intempestiva llegada que les interrumpía el sueño, contestaron:

—Id a burlaros de un mono, que aquí somos gente formal.

Entonces Juana se dijo:

—Iré a casa a preguntar si lo soy o no lo soy: allí me lo dirán.

Fué corriendo a la puerta de su casa; pero aquélla estaba cerrada.

Entonces llamó a la ventana, y exclamó:

—Manolo, ¿está ahí dentro Juana la Lista?

—Sí —contestó Manolo—; está aquí.

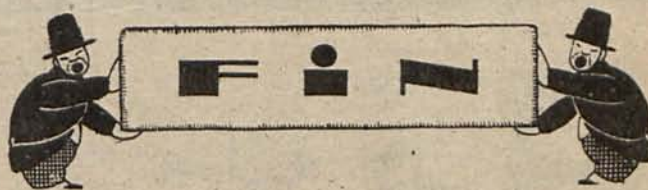
Entonces se asustó, y dijo:

—¡Dios mío, entonces yo no sé quién soy!

Y llamó a otra puerta; pero al oír la gente el ruido de las campanillas, no querían abrir, y de este modo no pudo encontrar albergue en toda la noche.

A la mañana siguiente, Manolito la recogió casi helada de frío y la metió en la casa. Desde entonces, y

gracias a aquel escarmiento, Juana empezó a merecer algo más el nombre de Lista.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Vas a hablarme hoy de las monedas. De cómo se fabrica una moneda. Pero antes quiero que me digas de dónde proviene el uso de monedas.

—Su uso es antiquísimo, querido Chononcito. Casi tan antiguo como el hombre.

—Oye, buho, ¿y cómo se las arreglaban cuando no había monedas para comprar las cosas?

—Muy fácilmente. Supongamos que tú tenías un borrico y yo una cabra; si tú querías mi cabra y a mí me interesaba tu borrico, pues los cambiábamos y en paz.

—¡Hombre, eso no me convence! Hacía falta, en primer lugar, que yo tuviese un borrico, y en segundo, que a ti te hiciese falta y que no te importase desprenderte de la cabra; pero suponte tú que yo quisiera hacerme con la cabra sin desprenderme de nada de lo mío.

—Del mismo modo que tú pensaron los antiguos, y de ahí surgió la necesidad de utilizar, para la adquisición de cosas, algo que tuviese un valor reconocido por todos y que sirviese para comprar todo cuanto hiciese falta. Esta es la moneda.

—Yo creo que una moneda, en sí, no tiene casi valor, ¿verdad, buho?

—Puedes asegurar que su valor intrínseco es nulo. Es un valor que se le da porque así conviene a la sociedad para su mejor desenvolvimiento; pero mira, Chonón, vale más un pan que todas las monedas de oro que hay en el mundo.

—Carito está el pan, pero no creo que haya subido tanto.

—No es cuestión de precio. Hablo de su valor para la vida del hombre. Sin dinero la vida humana no se acabaría, y sin pan, sí. Claro que al citarte el pan no me refiero tampoco a la substancia pan, sino al alimento que el hombre precisa para vivir.

—Te comprendo perfectamente, y veo que tienes una razón aplastante. Si yo estuviese a punto de morir de sed, no me salvaría con un saco de monedas de oro, y, en cambio, me daría la vida un vaso de agua, porque el agua tiene para mí vida un valor efectivo que la moneda no tiene.

—Discurres como un sabio. Como lo que vas ya siendo, amigo Chonón.

—Bueno. Dime ahora cómo se fabrica la moneda; la moneda de metal, claro está. No me interesa la moneda de papel porque ya me supongo que un billete de Banco se hace ni más ni menos que como se hace una estampa de muchos colores. ¿No es eso?

—Si no igual, es tan parecido el procedimiento que no vale la pena de que nos ocupemos de las diferencias. Hablemos, pues, de la fabricación de monedas. Tú ya sabes que las monedas se hacen con diversos metales.

—Sí; oro, plata y cobre.

—Bien; pero estas que tú llamas de cobre están hechas de bronce, que es una aleación de cobre, estaño y zinc. Ahora se hacen también con níquel y cobre, como las de a real. El metal entra en las Casas de la Moneda en forma de lingotes o barras. Estas barras

se pesan antes de hacer con ellas operación alguna, y así se sabe, desde el primer momento, el número de monedas que ha de dar cada lingote. Estos se colocan dentro de unos grandes peroles o crisoles y se someten a la acción de un fuego intenso.

—Se derretirá el metal.

—Precisamente se busca que el calor lo funda hasta convertirlo en líquido. Esta fusión purifica el metal y lo limpia de toda substancia extraña. Una vez en estado líquido se vierte en unos moldes de hierro, que son como cajetines estrechos y poco profundos, donde se enfría y queda convertido en láminas del mismo espesor que el que han de tener las monedas. Las láminas así obtenidas pasan a la máquina cortadora, que, como su nombre indica, corta discos.

—Que ya me figuro que serán eso discos que llamamos perras chicas y perras gordas.

—Todavía no se les puede llamar así, porque hasta ahora no son sino unos redondelitos metálicos. No se les puede aún llamar sino chapas. Falta todavía lo más importante, que es el troquelado o acuñación, o sea la operación que tiene por objeto estampar en cada chapa las figuras e inscripciones que han de convertirla en verdadera moneda. Pero antes de la acuñación han de pasar todas las chapas por un horno que las recuece y les da la dureza debida.

—Oye, ¿y no te has fijado que todas las monedas tienen a su alrededor un borde que es algo más grueso que el resto de la moneda?

—Este borde tiene por objeto proteger los relieves de las figuras que han de acuñarse. La máquina acuñadora consiste en dos cuños que aprisionan la chapa de metal, y con una enorme presión dejan estampado el dibujo en las dos caras de la chapa.

—Y ya está la moneda hecha, ¿no es eso?

—Ya está hecha, sí señor; pero como puede ocurrir que tengan algún defecto en su color, forma o estampación, tienen que pasar por el examen de unos operarios destinados a este efecto, y las que no son desechadas van a la máquina contadora, admirable aparato de precisión y exactitud. Esta máquina prueba las monedas de nuevo, las pesa, las cuenta y las deposita, por último, en unos saquitos, donde ya quedan disponibles para ponerlas en circulación.

—¿Y quién las pone en circulación, amigo buho?

—Ello depende de la entidad que haga el encargo de la fabricación de la moneda. Puede encargarla el Gobierno, los Bancos y los particulares. La Casa de la Moneda se limita a la fabricación, y a los Gobiernos corresponde la facultad de autorizar o prohibir que se acuñe.

—Muy bien, querido buho. Y ahora que ya sé cómo se hace la moneda, vamos a gastarnos unos cruponiques que tengo en el bolsillo.

—Hombre, no creo que tenga que ver nada lo uno con lo otro.

—Nada tiene que ver, es cierto; pero yo tengo hoy gusto en convidarte. Tú dirás dónde quieres que vayamos a gastarnos eso realitos. ¿Al fútbol? ¿Al cine?

—Vamos a la calle, y por el camino lo decidiremos.

—Vamos allá.



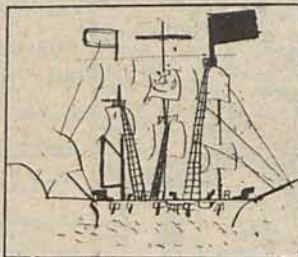
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JULIO

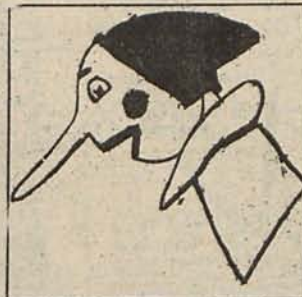
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden premios importantes a los mejores trabajos publicados.



La vuelta a la aldea.
PEPITA MOYA.



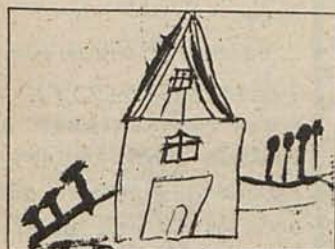
Fragata.
LUIS DE NICOLÁS.



Pinocho, por ANTONIO DÍAZ.



Un beduino.
JOSÉ RUIZ MORATA.



Una casa de campo.
ENRIQUE SANTOYO.



El emperador Morritos.
MARCELO L.



Chapete, pirata.
ROMÁN JUGO.

La caridad.

Erase una vez una niña muy guapa, que se llamaba Rosita; huérfana desde la más tierna edad. Tenía un perrito, a quien quería entrañablemente, y que compartía con él sus penas y alegrías.

Cierta día una viejecita se presentó en casa de Rosa y pidió que la diera de comer y la recogiera en aquella noche tan cruda.

Rosa, no solamente la recogió, sino que le dijo que estaba tan sola que si se quería quedar con ella. La viejecita aceptó y se quedó a vivir con la niña.

Un día la viejecita le dijo a Rosa:

—Tengo que ir al pueblo a hacer unas compras. Déjame el perrito, pues a la noche volveré; y como está muy oscuro el camino, como soy viejecita, él me guiará.

Rosa, aunque no quería, la dejó ir con el perrito.

A la noche, volvió la viejecita llorando, pues se había perdido el perro.

Mucho lloró Rosa la suerte de su perrito; pero para no enfadar a la viejecita se resignó y secó sus lágrimas.

La viejecita sacó de su mantón varios estuches y le dijo a Rosa:

—Rosa: he querido probar tu corazón; y veo que tienes nobles sentimientos. Todo esto te lo regalo —dijo a Rosa, entregándole los estuches.

Rosa los abrió, encontrando en ellos gran variedad de joyas y piedras preciosas.

La viejecita tocó con su mano a Rosa y a la casita, y ésta se transformó en un palacio y Rosa, en una linda princesa, sentada en un sillón de brocado, y en un cojín de terciopelo estaba el perrito a sus pies. La viejecita se convirtió en una arrogante mujer con un traje bordado en perlas y brillantes, pues era un hada. Entonces le dijo a Rosa:

—Todo esto es tuyo—. Y diciendo esto, desapareció, dejando a Rosa contenta de ver tanta gente y tanta joya en aquel suntuoso palacio.

Rosa vivió feliz en compañía de su perrito, y se casó con un príncipe muy hermoso

Y colorín, colorado,
este cuento se ha acabado.



Merenguito y su perrito.
PEDRO LOZANO.



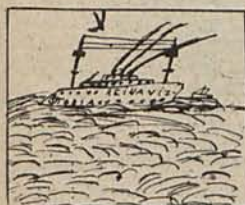
Cañamón, soldado.
M. LOZANO.



La pequeña mamá.
ANGELA ZAPATA.



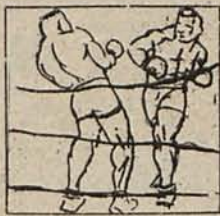
Currinche.
REGINA R. GIRÓN.



El Reina Victoria.
FÉLIX ALCÁZAR.



Bambú.
LUIS GUERRERO.



Hilarlo da un directo a Frias.
JULIO CUENCA.



Un trotamundos.
PEDRO SERRA.



El retrato de mi novia.
J. A. HERRERO.



Pinocho disfrazado.
ENCARNACIÓN PEREGRÍN.



Salm Salm.
TRINIDAD DE PABLOS.



Pirlita.
JUAN MANUEL LUMBRERAS.



Charlot.
ELVIRA SERRANO.



Chonón.
CARMEN LÓPEZ.



Un cabecilla.
JOAQUÍNITO RUCOBA.



Tiburcio.
ENRIQUE LÓPEZ.



Mi muñeca, sentada.
FELINA RODRÍGUEZ.



El buho.
E. B.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)



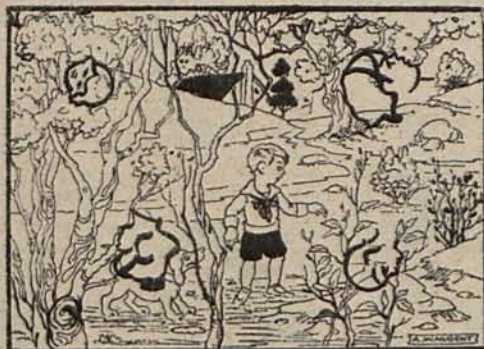
LA ALQUERÍA

¿Qué ocurre en la alquería? Sus habitantes han desaparecido. El señor Blas, el caballo, la vaca y la cabra no aparecen por ninguna parte. Todo está triste y abandonado. La puerta, abierta, a merced de cualquier malhechor, y todo en desorden.

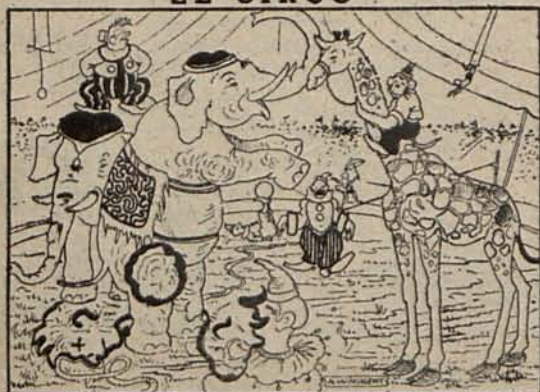
Buscad al señor Blas, a su caballo, vaca y cabra y que vuelvan a hacer la vida de antes. Nosotros estamos seguros de que nada malo les pasará. Cuando los encontréis, decidles que es muy feo tener miedo.

Soluciones de los problemas y pasatiempos del mes de Febrero. Números 155, 156, 157, y 158

EL ESCONDITE



EL CIRCO



EL GALLO SALVADO



EL CORRO

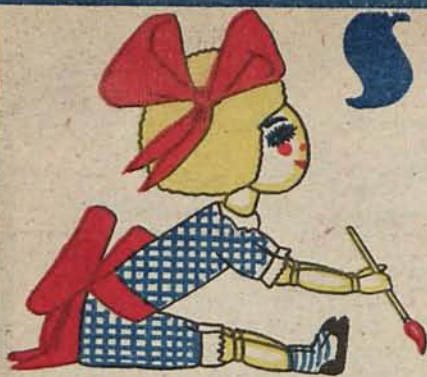


- Primera combinación: 1. 2. 3.
4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. y 13.
Segunda: 1. 3. 5. 7. 9. 11. 13.
2. 4. 6. 8. 10. 12.—Tercera: 1.
4. 7. 10. 13. 3. 6. 9. 12. 2. 5. 8.
11.—Cuarta: 1. 5. 9. 13. 4. 8.
12. 3. 7. 11. 2. 6. 10.—Quinta:
1. 6. 11. 3. 8. 13. 5. 10. 2. 7. 12.
4. 9; y sexta: 1. 7. 13. 6. 12. 5.
11. 4. 10. 3. 9. 2. 8.

(Continuarán en el número próximo.)

ANITA BUEN- CORAZON





Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA

La señora Brisa, El señor Centeno y las Flores silvestres.
Hacia un tiempo espléndido; el sol brillaba sobre el campo; la cosecha prometía ser magnífica.

El centeno inclinaba sus pesadas espigas y el dueño del sembrado, al pasar, comprendió que le decía: «Siégame pronto», y fué corriendo en busca de su hoz. El centeno pensaba, satisfecho: «Gran comodidad es tener la protección del hombre; así estoy seguro de que mis granos estarán bien cuidados y servirán para hacer pan sabroso. No todo el mundo disfruta de semejante honor.»

Y era verdad, ¡ay!, que no todo en aquel campo disfrutaba de igual dicha; había allí, entre las espigas de centeno, centenares de florecillas silvestres que también inclinaban su cabecita llena de granos como suplicando: «¡Siéganos! Esparce nuestros granos por el campo.» Pero nadie las hacía caso.

Por el contrario, el dueño del campo dijo a sus hijos: «¡Dichosas flores que no sirven para nada y en todas partes molestan!

Y las pobres flores se quedaron desesperadas: «Tengo la cabeza llena de granos —decía una amapola— me siento toda colorada y empiezo a temer una congestión.»

«A mí me duele la cabeza de tan llena de semilla como la tengo yo también —suspiró una malva— y lo peor es que no sé dónde echarla.»

«¡Qué triste es no poder hacer nada por la suerte de nuestras semillas! —susurraron unas campanillas.»

«Pensar que con los granos de que estamos llenos se podría cubrir todo un campo —gimió un cardo— Pero el hombre no nos ayuda.»

«Claro —murmuró un botón de oro— como dice que no servimos para nada.»

«Así es el hombre —sentenció el cardo—. Sólo protege a lo que le es útil.»

Y todas a una, las florecillas preguntaron una y mil veces: «¿Qué hacer?»

El centeno que las oyó, lejos de compadecerse, las miró con desdén y dijo:

«Me alegro de que no podáis esparcir vuestras semillas; sólo sirven para perjudicar el crecimiento de mis hijos.»

Las pobres florecillas pasaron una noche horrible; su cabeza les dolía cada vez más de tanto pensar, y también por el peso de sus granos. Estaban preocupadísimas: ¿cómo esparcir su semilla? ¡Si no podían moverse! ¡Si no podían hacer nada por la suerte de su progenitura! ¡Qué desesperación! ¡Qué desgraciadas eran, ellas tan monas, tan lindas! y, en cambio el antipático centeno, tan feo, era mimado y cuidado a más no poder.

Pero de madrugada ocurrió algo muy dichoso; y fué que pasó por allí una dama, airosamente vestida de blanco y que se abanicaba con abanico de tul: era la señora Brisa, una gran amiga de las florecillas. Las campanillas se agitaron al verla y, a su voz cristalina, acudió presurosa la Brisa.

—¿Qué os pasa? —preguntó.

Las florecillas le explicaron su tragedia.

—Necesitamos de ti —la dijeron—; tú sola, buena Brisa, puedes agitar nuestros tallos con tu abanico y llevar a lo lejos nuestros granos.

La brisa se apresuró a hacerlo así; agitó los tallos de las campanillas con tal vigor, que estos se rompieron; las flores murieron satisfechas, con la seguridad de que sus hijos tendrían donde nacer y crecer. Y, en efecto, la brisa cogió las semillas, y con su abanico de tul las esparció a lo lejos.

No bien había andado unos pasos, cuando la llamaron los botones de oro y las flores de malva, que se hallaban en grave conciliábulo:

—Te suplicamos —la dijeron— que nos ayudes a sembrar nuestras semillas.

Y cuando la Brisa hubo ayudado a los botones de oro y a las flores de malva, la llamaron las amapolas; y después de ayudar a todos, la Brisa se marchó airosamente a descansar a su palacio, donde, entre dos nubes, vive con su padre el Viento.

Entretanto, el cardo seguía reflexionando; tenía menos inteligencia que las demás y tardaba más en resolver sus asuntos; de pronto, al anochecer surgió en el campo una liebre que, saltando la cerca, gritaba desesperadamente: «¡Socorro! ¡Ocultadme! ¡Que me persigue el perro!»

El cardo le gritó: «¡Ven, escóndete aquí! Yo te ocultaré». Se le acababa de ocurrir, por fin, una idea feliz.

Cuando el perro se alejó sin ver a la liebre, y ésta temblorosa aún salió de su escondite, el cardo agitó su tallo y dejó caer sobre el lomo del animal una verdadera lluvia de semillas, diciéndole:

«En pago al favor que te he hecho, llévate a mis hijos por ahí.»

Transcurrió un año y las espigas del centeno ya estaban crecidas, cuando vieron con indignación todo el campo lleno de flores.

Y cuando el hombre, al recorrer su campo, vió las flores, se puso aún más furioso que el centeno, y dijo a sus hijos:

«Seguramente tiene la culpa la Brisa, que siempre se mete en lo que no la importa. ¡Habrás estúpido!»

La Brisa, que pasaba en aquel momento, le oyó, y para vengarse le quitó su gorro y se lo llevó hasta el río.

Al poco rato pasó por allí una preciosa Pirulinda y se detuvo maravillada ante la alfombra multicolor de flores que «no servían para nada». Hizo un ramo magnífico:

Con las campanillas y los botones de oro, adornó su sombrero de paja blanca; dió las malvas a su madre, que las guardó para hacer tisana, y colocó los cardos y las amapolas en un jarrón de Talavera, delante de su ventana.

¡Bien resarcidas estaban las flores silvestres de todas sus humillaciones!

